

—Para centrarnos en el tema de las hermanas medianas les relataré una anécdota que tuvo lugar en el Ateneo, en el transcurso de una conferencia que di hace unos años.

Damián se transformó en ese momento en una señora menuda, de cabello plata de tan blanco, con guantes y una visible afición a la cirugía estética, que quiso intervenir con actitud de «ahora o nunca». Así recreaba las escenas: con tal teatralidad que parecía que la que hablaba era otra persona. No dejaba de fascinarnos con tal acopio de habilidades idóneas para trasladarnos al pasado de su ciudad.

—«Me llamo Maritza Serafina, Serafina en honor a mi bisabuela doña Serafina, marquesa del Palmeral, y quería hablarles de su hija Noelia, vocal del Consejo Madre hace más de un siglo. Porque creo que hay una parte de la historia de Zúpolis que desconoce».

Melchor y Walter se miraron porque sin duda habían identificado a doña Serafina, marquesa del Palmeral, bienhechora de Pío Rivaldo y Rivaldo Pío y origen de la riqueza de la familia. Damián seguía en su escena, desdoblándose como en un diálogo.

—Adelante se lo ruego, sin duda aportará conocimiento al proyecto para el que continuamente, y con placer, recabo información.

—«Mi tía Noelia (tía abuela en realidad, pero a la que siempre llamamos solo tía) fue una mujer apasionante, culta y con muchas inquietudes que le hicieron conocer a multitud de personas, probablemente algunas de las que usted ya ha llegado a situar en el mapa histórico de Zúpolis. En su familia, ella era una de las hermanas de en medio, ni la mayor ni la menor, sin derecho a casarse, sin derecho a heredar y sin obligaciones para con sus mayores. En la sociedad de entonces ser la mayor era ser la elegida. —Su gesto mostró cierta crítica velada al caprichoso orden establecido—. Ser de las medianas era optar a ropa de segunda mano, zapatos reblandecidos y amantes descalificados que hallaban en las siguientes hermanas, abrazos y consuelo por el desdén de la hermana llamemos «titular». Las iniciativas al amor para las hermanas medianas no estaban permitidas. Podían hacerse su ajuar solo si la primera hermana tenía el suyo en el que necesariamente tenían que haber colaborado.

»Eran además mujeres cultas, la cultura era la única parcela despreciada por la inmensa mayoría de las hermanas mayores a las que, desde niñas, se les inculcaban otros intereses. En el otro extremo estaban las últimas hermanas. Estas nacían con poder. Se lo otorgaban tías solteras y sus padres, que sabían dependerían de ellas en el futuro. No usaban ropa heredada porque directamente se confeccionaban la suya propia, con estilo sobrio, llena de bolsillos. Aquel planteamiento era francamente aburrido para las hermanas medianas de Zúpolis Preta. Por ello comenzaron a organizarse en cofradías con el propósito de socorrerse y acompañarse.

»Eran una especie de logia de mujeres, cultas en su mayoría, que sabían que solamente podían contar con ellas mismas. Algunas tenían que buscar sustento porque en ocasiones el casamiento de la hermana mayor acababa con la herencia de las otras hermanas. Si es que se había proyectado que la tuviesen. Algunas medianas lograban huir de la tradición casándose con extranjeros, desconocedores de la tradición zúpola. Los caballeros casaderos de Zúpolis jamás osaban proponer matrimonio a una hermana mediana. Muchas

trabajaban, incluso para sus propias hermanas, como gobernantas de las mansiones en las que se habían criado.

»Es muy triste la historia de María Edña, hermana mediana, que pasó la vida cuidando niños de los otros y abortando a los suyos propios. Era niñera, maestra y, si era menester, también matrona. Su cuerpo menudo y aniñado no pudo retener a ningún ser de los doce embarazos con los que llegó a contar. Fue una mujer muy bella y envidiada por su hermana mayor, que no lo era tanto. Acabó en el burdel oficial de Zúpolis porque era mujer de fácil querer y necesitaba estar con hombres, como ya había demostrado con sus doce embarazos. Allí murió sola y repudiada por su familia, después de haber cuidado a la descendencia de su hermana como si fuera propia.

»Pero el caso de María Edña es singular, la mayoría de las hermanas medianas, cuando dejaban la casa familiar por imperativo económico, o porque la hermana mayor así lo decidía tras la desaparición de sus progenitores, quedaban en la calle y si no fuera por las cofradías, no habrían tenido a donde ir. Mi tía Noelia vivió en una casa de la cofradía desde el primer día que se encontró en la calle, la cobijó Sancha Ruipérez, vecina y amiga íntima desde ese momento. Allí renovó los afectos perdidos consecuencia de su condición de hermana mediana, y desarrolló una faceta sexual habitual en estas cofradías, se hizo lesbiana y amó y fue amada. El lesbianismo no tenía tintes marginales ni siquiera despectivos, era una lógica contrapartida a la soledad y al tipo de vida en comunidad tipo falansterio autosuficiente (con huerta, ganado, artesanía...). No estaba mal ser lesbiana, no estaba mal trabajar en algo que no solo reportara ingresos sino también placer a la trabajadora. Tampoco estaba mal recoger a niños y niñas de la calle huérfanos, probablemente hijos de prostitutas o polizontes que llegaban con los barcos.

»Las cofradías de las hermanas medianas eran una especie de Amazonia en la que las guerreras mitológicas eran sustituidas por damas intelectuales con ansias de libre albedrío. Las cofradías eran recintos de mujeres con valores singulares: respeto al amor libre (el trabajo debía estar en consonancia con el placer), derecho al abandono (podían renunciar a la cofradía e irse cuando quisieran), derecho al regreso, obligación de compartir y aportar al núcleo cultural... De allí salía literatura. El primer periódico de Zúpolis nació en una cofradía era *El Herald Zupolense*. Incluso los fundamentos de la Seguridad Social nacional proceden de pensadoras de la Gran Cofradía. El sistema ideado por estas se basaba en crear un fondo para emergencias en paralelo al sistema tradicional, en el que la población activa sustentara a la jubilada que previamente había hecho lo mismo con sus mayores. Como ya tenían previsto que existieran más personas con derecho a percibir, que con obligación de dar, incorporaron el fondo para emergencias. Este era un pensamiento digamos necesario en una comunidad de mujeres en las que la esperanza de vida sobrepasaba holgadamente los cien años.

»Organizaban certámenes de ciencia, festivales de teatro, premios literarios. Invitaban a personas ilustres del exterior a dar conferencias, aportaban ideas al Consejo Madre de la ciudad, y escribían tratados de todo tipo enriqueciendo la biblioteca de Zúpolis».

—Pero de qué vivían si no traían dote —preguntó Damián en el papel de Damián.

—«Como le he dicho eran autosuficientes en sus necesidades básicas. La casa era siempre donación de grandes damas, concienciadas con la tradicional injusticia, probablemente hermanas medianas que se habían saltado la norma casándose, y ya

viudas, dejaban en testamento que parte de su herencia sería para este pequeño y singular estamento de la sociedad zúpola. Además, las hermanas generaban ingresos con sus actividades culturales y con la artesanía que enviaban al exterior, porque en Zúpolis todas las mujeres tenían una gran habilidad manual y producían cuantiosas y originales monerías. Algunas cofradías poseían cafetales en el interior que les rentaban pingües beneficios. Estas cofradías tenían mucho dinero y poder.

—Y cuando morían, ¿dejaban su riqueza a la cofradía?

—«Sí, claro, vivían en régimen de comunidad verdadero "todo era de todas" y cuando se iban bien muriendo o huyendo, dejaban todo atrás. También hubo casos de dotes aportadas por las familias que debían retornar a sus orígenes. Esto no siempre era así, algunas dotes no hacían el camino de regreso bien porque se habían gastado, bien porque las familias no las reclamaban de vuelta».

—Parece un sistema equilibrado, ¿por qué dejó de existir? Y no me diga, doña Maritza, que aún existe y no me he enterado hasta ahora.

—«Efectivamente dejó de existir hace mucho, la organización de Zúpolis se renovó con la llegada de extranjeros. Las hermanas medianas ya no eran desahuciadas con lo puesto por sus familias. Las cofradías dejaron de nutrirse de nuevas acólitas y las casas fueron despoblándose. Con el tiempo fueron los huérfanos recogidos los que adquirieron la propiedad, y se adaptaron a las costumbres actuales de Zúpolis». Yo tengo un conocido, descendiente de aquellos huérfanos que trabaja en la biblioteca de Zúpolis y que te puede contar más historias que yo. Se llama Bernardo de Alcanfor y habla muchísimo. Te encantará conocerlo.

Damián cambió la pose, mostrándonos a todos que se había acabado la representación inclinando la cabeza hasta los pies cual gran actor. Recibió los aplausos de todos.

—Entonces —dijo Melchor—, las mellizas Dora y Efigenia no se casaron pero tampoco lo harían Sara y Amelia, al no ser ni la menor, Aurora, ni la mayor, Eugenia. La verdad es que esta parte se me escapa, pero es cierto que conocí, o al menos oí hablar tanto de Aurora como de Eugenia a mi abuelo Domingo, aunque no de Sara, Amelia, Dora y Efigenia. Por lo que cuentas, ninguna de las cuatro tuvo derecho a dote y debieron dejar la casa de sus padres. Pero dónde irían, me pregunto yo. Sé que mi abuelo Domingo sabía de ellas, pero nunca tuve oportunidad de conocerlas personalmente.

—Supongo que se irían a las cofradías —señaló Damián—. Y podré investigarlo, porque la señora Maritza Serafina me dio las señas del bibliotecario y podré ir de su parte.

—¿Os parece, Walter y Melchor, que dirija mis diligencias a la biblioteca para indagar sobre el posible destino de las cuatro hermanas medianas?

—¡Cuánto me gustaría acompañarte! —exclamó Melchor.

—¿Y por qué no puede acompañarnos? —dijo Mario, que siempre demostraba una gran sensibilidad, como médico, por las personas mayores—. Para su tranquilidad soy médico, y me encargaré personalmente de su traslado.

Toda una delicadeza de Mario no decirle a Melchor que era médico geriatra, por aquello de no clasificarle oficialmente como anciano, aunque para mis adentros me dije que no había más que verle. Cosas de Mario y de su sabiduría aplicada.

—Caramba, Damián, ¡de qué gente tan estupenda sabes rodearte! Gracias, Mario, la verdad es que toda esta búsqueda me está dando muchos ánimos. Me apunto a la

excursión a la biblioteca. Tenemos un coche especial para mis traslados, que ya hace demasiado tiempo que no utilizo. Jeeves lo conducirá y, si os viene bien, podéis venir con nosotros porque hay sitio para todos —expuso Melchor, con ese hablar suave y lento de las personas mayores que resulta tan convincente.

—Estupendo, podríamos ir ahora nosotros, ¿tenéis algún plan inmediato, Elena, Mario? Así alertamos al bibliotecario y cuando vayamos con Melchor y Walter damos menos rodeos, ¿os parece?

—De acuerdo —convenimos al unísono.

—Walter, Melchor, lo que vamos a hacer es fijar la fecha para la reunión con el bibliotecario, Bernardo Alcanfor —dijo, consultando su inseparable cuaderno—, os llamaré para ver si la fecha que él ofrece os viene bien.

—Gracias, Damián, gracias por devolvernos la esperanza de recuperar el zafiro. Dijo Walter.

—Y a mí por devolverme a la actividad, vuelvo a estar en la vida —rió Melchor, mientras se iba rodando en su silla empujada por Jeeves despidiéndose con la mano.